

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARRCELONA, marzo de 1895 ✧ NÚMERO 24

— Con el presente número se entregará el cuaderno 24 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL «ATALANTE»

Al ver que el buque se hundía, el capitán mandó que se dispararan algunos cañones en demanda de auxilio

SUMARIO

Una colonia desgraciada (conclusión).—El Atalante.—El ojo humano.—El cazador de caballos.—Un motín.—Variedades.

UNA COLONIA DESGRACIADA

(Conclusión)

Después de la marcha de Amundsson, los pobres colonos rogaron al gobernador que les facilitara medios para marchar. Esta autoridad les contestó que dentro de pocos días llegaría una barca apresada, y que lo mejor para ellos sería reunir todo el dinero posible para adquirirla y marchar con ella a San Cristóbal, donde los holandeses les ayudarían a ir más lejos. Los colonos hicieron lo que se les aconsejaba, y, habiéndoles proporcionado el gobernador víveres, hiciéronse a la vela, en número de diez y ocho, el 1.º de mayo de 1651. Al día siguiente, cuando se hallaban en Santa Cruz, una fragata los obligó a saltar en tierra en la isla, perteneciente a Francia.

Apenas desembarcaron, saliéronles al encuentro el gobernador con un piquete de soldados, que gritaban:

—¡Lo que necesitamos aquí son mujeres! Traedlas todas y veámoslas.

Los hombres fueron detenidos, y se les despojó de todo su dinero y objetos de valor. Se condujo a las mujeres a una habitación, y una francesa las desnudó para ver si llevaban algún dinero oculto. Muy poco tenían; pero hubieron de entregarlo, excepto algunas perlas finas que llevaban cosidas en los vestidos y que la francesa no vió. Una semana después, habiendo sospechado el gobernador de algún modo la existencia de aquellas joyas, mandó comparecer a las mujeres, y, como se negasen a entregar las perlas, las martirizó hasta que las dieron.

No contento con esto, aquel hombre cruel y desalmado, insistiendo en que habían ocultado dinero en tierra, a pesar de que las infelices lo negaban, mandó calentar planchas de hierro y dispuso que se colocaran sobre ellas los pies desnudos de las mujeres. Lejos de compadecerse de sus gritos y lamentos, el gobernador y sus amigos daban vueltas al rededor de las víctimas, riéndose y bebiendo aguardiente.

Al día siguiente, se cargó a los hombres de grillos y cadenas y los pusieron en la picota, dejándolos allí dos días con sus noches, después de lo cual se acordó fusilarlos.

Sin embargo, esto no se llevó a cabo, porque al gobernador le complacía más ver a sus víctimas sufrir. Envió a varios de aquellos infelices a diversas partes de la isla, a fin de que trabajasen la tierra para sus habitantes. El timonero, cargado de cadenas, fué conducido a una choza desierta, donde se le dejó morir de hambre, y a los demás se les prohibió comunicarse uno con otro, bajo pena de la vida.

Durante cinco semanas trabajaron para sus

opresores; pero, enfermando uno tras otro, la muerte puso fin a sus padecimientos.

Sin embargo, no estaba lejana la hora de su libertad. Algunos armadores holandeses de San Cristóbal habían tenido noticia de los padecimientos de los suecos en Santa Cruz, y enviaron un buque para recogerlos; pero sólo sobrevivían cinco, y dos de ellos sucumbieron en el viaje.

Los otros tres, que desembarcaron en San Cristóbal el 23 de julio de 1651, eran un hombre llamado Juan Ruth, la viuda de Jons Dufva y su hijo de nueve meses. La mujer murió después de su llegada, y se confió su niño a una holandesa para que lo criase. Ruth recibió de los armadores socorros para trasladarse a Holanda, y a su llegada allí, al año siguiente, escribió una carta al Gobierno sueco, de la cual se ha tomado la mayor parte de esta narración.

Amundsson volvió a la India con una expedición organizada en 1654, y murió en el mar, no lejos de la isla donde la primera expedición sufrió su descalabro seis años antes.

En 1655, Nueva Suecia fué tomada por los holandeses, previniendo así toda tentativa de Suecia para fundar colonias en la América del Norte.

EL «ATALANTE»

POR EL CAPITAN BASIL HALL

El 19 de mayo llegamos a Halifax, fuera de cuyo puerto quedamos detenidos de una manera muy desagradable, por haber tenido la mala suerte de permanecer forzosamente tres días en medio de una dé esas densas nieblas de Nueva Escocia tan celebradas en todo el mundo. Apenas puedo dar por la descripción una idea de lo enojosas que son, a causa de la oscuridad que producen; mas me parece que sus efectos pueden compararse con los del *siroco*, sin contar que mientras duran no se pueden ver los objetos a un paso de distancia, y, además de esto, son peores que la lluvia, porque la humedad penetra hasta los huesos. Añádase que comunican a todo un carácter lóbrego y triste, contribuyendo mucho al abatimiento del ánimo.

El día en que avistamos tierra tuvimos gran esperanza de penetrar en el puerto, pues el viento era favorable: pero de repente nos rodeó la espesa niebla, persistiendo durante tres días, en los cuales no era posible divisar los objetos a más de veinte varas de distancia.

Pocas cosas hay más provocativas que esas nieblas de Halifax; pues, como son compañeras del viento SE., el más propio para arribar, el navegante se atormenta con la idea de que, si pudiese tener un par de horas de tiempo claro, le sería fácil ganar el puerto poniendo término a sus apuros. El desvanecimiento de esas odiosas nubes ó velos, es, por lo tanto, lo más agradable que conozco, porque de improviso se divisa el mar, el horizonte ó la tierra, y

alégrense los corazones, pareciendo entonces todo más brillante y fresco y más hermoso que nunca.

Un año ó dos después de la época á que me refiero se resolvió colocar un pesado cañón sobre la roca en que se halla el faro Sambro, y á costa de muchos esfuerzos consiguióse elevar uno de veinticuatro y colocarle convenientemente. Hecho esto, convínose en que, si á la llegada de cualquier buque á la vista del puerto durante un período de niebla se hacían señales con los cañones, se contestaría á ellas con el del faro, obteniéndose así una especie de telégrafo. Guiándose por los sonidos, todos los oficiales de marina que estuvieran familiarizados con aquellas aguas avanzaban sin temor, á pesar de la oscuridad, y penetraban después en el puerto.

Sin embargo, yo nunca me aventuré con mi buque; pero recuerdo un caso curioso, ocurrido con el *Cambriano*, buque de S. M. Dirigíase hacia la costa rodeado de una de esas densas nieblas, y el capitán dió por hecho que el faro y la tierra adyacente de Halifax estarían igualmente cubiertos de aquella impenetrable nube; mas, por un capricho de la Naturaleza, la niebla se limitaba aquella vez á las aguas profundas; de modo que los que estábamos en el puerto veíamos el buque á la distancia de siete millas, semejante á un enorme montón de nieve. El *Cambriano*, perdido en la niebla, y suponiendo que estaba cerca de tierra, disparó un cañón, que fué contestado por el del faro. Durante algún tiempo repitiéronse las salvas; pero los que estaban en el faro no tenían medio alguno de advertir á la fragata que le bastaría avanzar un poco más para desenredarse de la nube.

Al fin, el capitán dió orden de servir la comida; pero como el tiempo era muy bueno, excepto aquella abominable niebla, y el buque estaba en aguas profundas, se mandó gobernar hacia la orilla. Poco antes de la una, el capitán comenzó á estar inquieto, porque el fondo disminuía y los cañonazos del faro resonaban de cada vez más cerca; mas, por no molestar á los hombres que comían, resolvió continuar así diez minutos más.

Pero ¡cuál no sería el asombro del capitán cuando, apenas hubo recorrido media milla, comenzóse á ver la luz clara, y el buque salió completamente de la nube, viéndose de pronto iluminado por los rayos del sol! Todas las manos se ocuparon al punto en hacer vela, y los hombres, corriendo á cubierta, apenas podían dar crédito á sus ojos al reconocer la elevada orilla á la derecha, las altas rocas del cabo de Sambro á la izquierda, y más allá los buques anclados.

Muy distinta fué la suerte que sufrió el *Atalante*, buque de S. M., mandado por el capitán Federico Hickey. En la mañana del 10 de noviembre de 1813, iba en demanda del puerto de Halifax á través de una espesa niebla, avanzando muy cuidadosamente para evitar un percance. Después de almorzar disparóse un cañonazo como señal, esperándose contesta-

ción del faro de cabo Sambro, cerca del cual debía hallarse el buque.

A los pocos minutos, oyóse otro cañonazo, exactamente hacia donde debía estar la luz; y como los sonidos convenían con la supuesta posición del buque, y atendido que los cañones del *Atalante* disparaban á intervalos de quince minutos, siendo contestados en dirección al puerto, se acordó maniobrar de modo que se pudiera entrar en aquél guiándose solamente por los sonidos. Por una fatal coincidencia de circunstancias, el buque *Barrera*, detenido también por la niebla, supuso, á su vez, que estaba en comunicación con el faro, siendo así que los cañonazos que oía eran los del desgraciado *Atalante*.

Ciertamente se corría no poco riesgo al avanzar en dirección al puerto bajo en tales circunstancias, aunque los cañones que disparaban hubieran sido los del faro; mas á menudo parece que es deber del oficial poner su buque en peligro, así como también su vida, y este caso se dió en aquella ocasión. El capitán Hickey era portador de varios partes urgentes respecto á la escuadra enemiga, y era de la mayor importancia entregarlos sin la menor dilación; pero como la niebla amenaza prolongarse durante seis ú ocho días, y él y sus oficiales habían cruzado cien veces aquellas aguas, con las que estaban tan familiarizados como cualquier piloto, se acordó gobernar en dirección de lo que se creía ser Halifax.

Pero no habían navegado mucho, cuando uno de los vigilantes gritó:

—¡Rompientes á proa!

Por desgracia, ya era demasiado tarde para cambiar la maniobra, y, antes de que se pudiera funcionar con el timón, el buque se hallaba entre los formidables arrecifes conocidos con el nombre de *Rocas Hermanas*, al S. de la isla de Sambro. El timón y gran parte de la falsa quilla fueron arrancados al primer golpe, y quedaron flotando á lo largo del buque. Hay motivos para creer que una parte del fondo de éste, cargado con ciento veinte toneladas de hierro, se desprendió de las obras superiores por el tremendo choque; el buque se llenó al punto de agua, y si flotó un poco fué á causa de los barriles vacíos; pero, al fin, las cubiertas quedaron invadidas, sumergiéndose en parte bajo el agua.

El capitán, que, entretanto, seguía tan sereno como si no hubiese ocurrido nada notable, dispuso que se arrojasen los cañones al mar; mas, antes que se pudiera soltar uno de ellos, el buque se hundió, y los tripulantes no pudieron resistir más. Con gran dificultad se dispararon algunos cañones en demanda de socorro. El capitán Hickey quiso utilizar la pinaza; mas no era nada fácil sacarla del agua, y á duras penas se aprovecharon los botes.

Como el buque se hundía por momentos, diéronse órdenes para cortar dos de los mástiles, y, afortunadamente, cayeron sin deteriorar ninguna de las embarcaciones menores. Apenas practicada esta operación, el buque se dividió en dos entre el palo mayor y el de me-

sana, quedando después el pobre *Atalante* convertido en un resto de naufragio.

Entretanto, muchos hombres se habían cogido á la pinaza con la esperanza de ponerla á flote cuando el buque se sumergiera; pero el capitán Hickey, viendo que la embarcación así cargada no se podría dirigir, dispuso que veinte hombres la abandonasen; y lo particular es que la orden, dada con la mayor tranquilidad, fuera obedecida al punto.

Mientras duraron aquellos momentos críticos, la disciplina del buque se conservó, no

de nadar, mientras que á otros se les atraía á través de las olas por medio de cuerdas.

Entre los tripulantes había un violinista negro, que, cogido á las cadenas, con su instrumento debajo del brazo, resistíase á dejarle; pero como le era preciso hacerlo así ó perder la vida, resolvióse, al fin, á la separación, no sin el más hondo pesar, lo cual hizo reír á los marineros, á pesar del apuro en que se hallaban.

La pinaza contenía setenta y nueve hombres y una mujer, y entre los dos botes conducían



EL «ATALANTE»: Muchos de los tripulantes hubieron de ser atraídos por medio de cuerdas

solamente sin la menor señal de insubordinación, sino hasta con la mejor voluntad.

Apenas la pinaza estuvo libre de la presión del peso, flotó en libertad, ó, más bien, fué empujada por el mar, que la hizo volver á su posición natural, impeliéndola en medio de la resaca entre los fragmentos del naufragio. Los tripulantes, imitando á su valeroso capitán, no perdieron un instante la serenidad, y á costa de repetidos esfuerzos consiguieron sacar el bote del confuso montón de cuerdas y tablas, conduciéndolo á cierta distancia, para esperar órdenes del capitán.

Se trató de construir una balsa, temiéndose que tres botes no bastarían para conducir á todos los tripulantes; pero la violencia de las olas lo impidió, y, por lo tanto, resolvióse confiarse á los botes solamente. Urgía, sobre todo, no perder momento, porque el buque desaparecía con la mayor rapidez, y se dió orden á la mayoría de los tripulantes para que se trasladaran á la pinaza, en la que algunos debían tumbarse en el fondo como arenques. Esto no fué muy fácil, y muchos hombres hubieron

sesenta; de modo que á duras penas flotaban. El capitán Hickey, por supuesto, fué el último en abandonar el buque náufrago; y tan rápida fué la obra destructora, que, cuando llegó al bote, el *Atalante* desaparecía bajo las olas.

La niebla seguía siendo tan densa como antes; y como el viento no era fuerte, hízose muy difícil gobernar en línea recta. En su consecuencia, se dispuso que la pinaza y los botes avanzaran uno tras otro, para que el primero hiciese las veces de explorador.

En esta forma llegaron, al fin, á tierra, de la cual se habían separado varias veces sin saberlo. No se había perdido un solo hombre, y marineros y oficiales entraron por la noche en Halifax en tan perfecto orden como si no se hubiera sufrido ningún percance.

EL OJO HUMANO

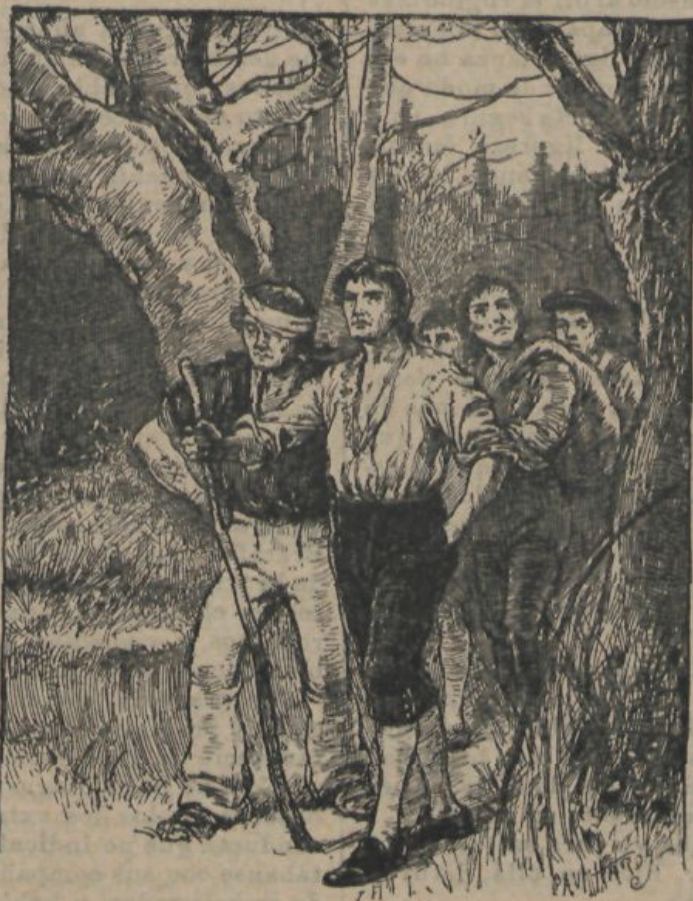
Véase cómo refiere el hijo de Roberto Moffat, hijo del gran misionero, una de sus muchas aventuras.

«Habíamos salido de Kurumán para emprender un largo viaje por tierra, y nos acompañaban muchos naturales para conducir los furgones, cuidar del ganado y hacer todos los trabajos que en el campo se pudieran necesitar; pero también iban con nosotros algunos cazadores, á fin de que no nos faltase carne fresca.

»No dejaba de abundar la caza en el camino, y más de una vez nos produjo alguna inquietud el encuentro con animales que no buscábamos. Las alarmas eran frecuentes durante la

distancia; pero, de todos modos, alejéase más y más del campamento, resuelto á no volver con las manos vacías.

»Después de atravesar entre espesos matorrales, encontré en un claro del bosque, y allí le llamaron la atención dos leoncillos que retozaban: eran ya del tamaño de un perro regular, y revolcábanse uno sobre otro como dos cachorros. Sus feroces instintos no se habían desarrollado lo bastante aún para que fueran peligrosos, y por eso el cazador, después de observar á los dos animales un rato, osó acer-



EL «ATALANTE»: Llegados á tierra, marineros y oficiales dirigiéronse á Halifax

noche, y nos servían de mucho los bueyes, cuyo instinto es extraordinario para reconocer la proximidad de las fieras.

»Iba con nosotros un cazador á quien debimos considerar verdaderamente como un hombre intrépido. Distinguíase por su rara habilidad en el tiro, y también por lo infatigable en la persecución; de modo que había hecho maravillas. En resumen: era el mejor de nuestros cazadores, y todos los demás le miraban con marcado respeto, á la vez que asombro.

»Cierta mañana, habiendo acordado permanecer en el campamento todo el día para que el ganado descansase, nuestro cazador, armado de una lanza corta, se empeñó en ir á ver si cazaba algo para que almorzásemos. Durante algún tiempo buscó inútilmente. Si hubiese ido bien armado, habríale sido fácil cazar algún animal grande, de los que veía varios á corta

carse, como para divertirse también con ellos. Los leoncillos lo permitieron, y muy pronto los tres retozaban alegremente. El hombre se revolcaba en tierra, y los animales saltaban sobre él, muy divertidos, al parecer. Al cabo de un rato, el cazador pensó de repente que la madre de los leoncillos no estaría lejos y volvería, sin duda, de un momento á otro. Conocía muy bien el carácter de una leona, y no dudaba que su familiaridad le podía costar la vida si no se apresuraba á retirarse. Preocupado con esta idea, levantóse del suelo, y, empuñando su lanza, precipitóse hacia la espesura con una celeridad que demostraba que conocía la inminencia del peligro á que se había expuesto impensadamente.

»Con no poco pesar suyo á inquietud, los leoncillos le siguieron, sin duda deseosos de retozar un poco más. Saltaban á su alrededor,

introduciéndose entre sus piernas, y de este modo entorpecieron su fuga. En vano trató de ahuyentarlos, pues tomaban sus ademanes y gritos por manifestaciones de amistad, y permanecían á su lado con invencible persistencia. En tal situación, el hombre permaneció inmóvil un instante, sin saber de qué medio valerse para alejar á los leoncillos.

»Mientras reflexionaba llegó á sus oídos un rumor que no podía equivocar con ningún otro: era el rugido de la leona, que, habiendo llegado al sitio donde dejó su progenie, comenzaba á seguir su rastro al no encontrarla allí.

»El cazador se estremeció al oír el rugido más cerca. ¿Cómo era posible escapar? No tenía armas para defenderse, y su ligera lanza no era más que un juguete para el caso; de modo que se veía amenazado de una muerte segura. Una vez más intentó apelar á la ligereza de sus pies. Los dos leoncillos, reconociendo la voz de su madre, permanecieron un instante inmóviles; mas, apenas observaron que el cazador se alejaba, corrieron otra vez en su seguimiento.

»El espanto del cazador aumentaba á medida que oía más próximos los rugidos de la leona. Se precipitó franqueando todos los obstáculos, sin pensar más que en salvarse: pero, por mucho que corriera, la leona iba más de prisa, al parecer. El cazador comprendió que la fiera estaba ya muy próxima, porque el espanto afinaba singularmente sus oídos; y, al fin, el terror fué tal, que le dejó sin fuerza, y ya no pudo correr.

»Precisamente en aquel momento dejóse ver la leona, y entonces el hombre, volviéndose con ligereza, hízole frente.

»No era valor ni tampoco intrepidez lo que le inducía á proceder así. La influencia magnética del espanto era lo que le obligaba á esperar el ataque del enemigo. Sus ojos brillaban singularmente y buscando los de la leona, en los que fijaron obstinadamente su mirada.

»La fiera se agachaba ya para saltar, cuando los ojos del cazador, fijos en ella, detuvieronla como por encanto.

»En esta actitud miráronse durante algunos minutos, que le parecieron al hombre una eternidad. Después la leona se movió ligeramente al rededor de su futura víctima, esperando el momento de sorprenderla; pero el cazador se movió en el mismo sentido, siempre haciendo frente. Dos veces el animal dió la vuelta completa, pero siempre quedó burlada en sus intenciones por aquellos ojos brillantes, fijos en los suyos.

»Entretanto, los leoncillos retozaban entre los pies del cazador, lamiendo sus piernas desnudas, hasta que sus ásperas lenguas hicieron brotar la sangre, que, al parecer, gustaba mucho á las pequeñas fieras. El hombre trató una ó dos veces de rechazarlos; mas el rugido de la leona le hizo desistir. Al fin, viendo que no era posible comprender al cazador, é intimidada por sus brillantes ojos, la fiera renunció á su ataque, y, llamando á los leoncillos, dirigióse hacia una espesura, seguida de ellos.

»Cuando hubo desaparecido, el cazador cayó

en tierra privado de conocimiento, y en tal estado le encontraron sus compañeros, que habían salido á buscarle, al ver cuanto se prolongaba su ausencia, temerosos de que le hubiese ocurrido algún incidente.

»Durante varios días, el sistema nervioso del hombre estuvo tan resentido, que no le fué posible cazar. Este es el único caso que conozco de un león ó una leona intimidados por el ojo humano.»

un motín

«Hace algunos años,—dice el capitán M.,—me destinaron á un buque de cuatrocientas toneladas, que debía hacerse á la vela en el puerto de Princetown con rumbo á Liverpool: el cargamento era de bastante valor, y había, además, noventa mil duros en metálico. Varios asuntos urgentes me habían impedido fijar mi atención en el estado del buque mientras se equipaba y cargaba; pero había dado instrucciones precisas al contramaestre, en quien tenía la mayor confianza, encargándole que en cuanto fuese posible no admitiera más que marineros americanos. Cuando ya estábamos á punto de hacernos á la vela, díjome que no le había sido posible cumplir del todo mis instrucciones en este último particular, y que había embarcado como marineros dos desconocidos, uno natural de Guernesey, y el otro un francés de Bretaña; pero quedé complacido por el aspecto de la tripulación en general, y particularmente por el de los dos extranjeros: ambos eran robustos y vigorosos, al parecer, y cumplían bien con su servicio.

»La travesía comenzó bajo buenos auspicios, y prometía ser rápida, pues pronto nos favoreció un viento constante del Oeste.

»Con no poco disgusto é inquietud, á poco observé en los dos extranjeros un cambio de conducta que no indicaba nada bueno: insolentábanse con sus compañeros, estaban á menudo embriagados, y habían adquirido evidentemente una influencia indebida sobre los demás tripulantes. Su intemperancia se hizo pronto intolerable, y no fué difícil reconocer que habían llevado consigo bebidas á bordo, por lo cual dispuse que se registrara el castillo de popa para recoger las botellas si se encontraban allí. Al efecto, dióse á los marineros la orden, recomendándoles que la ejecutaran sin aparato y sin llevar armas, limitándose á inspeccionar todos los cajones y llevar á mi cámara las bebidas ó licores que encontrasen.

»No sin cierta inquietud envié á los marineros á cumplir este deber, quedándome yo en la cubierta, dispuesto á ir en su auxilio si llegase á ser necesario. A los pocos momentos oí voces como de hombres que disputan, y después prodújose una lucha en el castillo de popa. Pedí al contramaestre mis pistolas cargadas y me dirigí al sitio.

»El francés había agarrado por el cuello al segundo marinero, que era casi un muchacho, y, al parecer, estaba dispuesto á estrangularle;

mientras que el segundo marinero pedía auxilio desde abajo, donde luchaba con el hombre de Guernesey. Los demás tripulantes eran espectadores indiferentes, pero aparentemente se inclinaban más á favor de los extranjeros. Apunté una pistola á la cabeza del francés, ordenándole que soltara al marinero, lo cual hizo al punto, y después le mandé pasar á los topes, disponiendo que no bajara ninguno de los que ya estaban en ellos, bajo pena de la vida. El contramaestre me había traído ya otras dos pistolas, con las cuales armé al segundo marinero, encargándole que permaneciera en la cubierta mientras yo iba al castillo de popa. Allí encontré al primer marinero ligeramente herido en dos partes por el cuchillo de su antagonista, que dejó de oponer resistencia, sin embargo, apenas me presenté, y al punto mandé que le pusieran los grillos. Hecho esto, practicóse el registro y se encontró cierta cantidad de licores, que fueron trasladados á mi camarote. Después mandé á los demás marineros bajar de los topes, y condujose al francés, también con grillos, al sitio donde estaba su compañero.

»Asegurado por esta parte, dirigí una severa reprensión á los demás, censurando que hubiesen faltado á la disciplina por instigación de dos tunantes, y manifesté esperanzas de que no volvieran á darme motivo alguno de queja durante el resto del viaje. Parecióme que la reprensión producía efecto, pues todos se mostraron muy contritos, prometiendo enmienda. Cada cual volvió á su puesto, y el orden quedó restablecido.

»Al día siguiente los extranjeros solicitaron con insistencia su perdón, haciendo las más solemnes promesas de conducirse bien; y como los demás tripulantes apoyaban su petición, consentí en que los dejaran libres. Por espacio de varios días, todos cumplieron con sus deberes satisfactoriamente; pero observé en el semblante de los desconocidos una expresión de animosa rencorosidad contra el primer marinero, que era un joven activo y enérgico, el cual exigía siempre una obediencia pasiva á sus órdenes.

»Habría transcurrido tal vez una semana de este modo, cuando cierta noche fueron necesarias todas las manos para acortar velas. En tales ocasiones, el marinero de guardia era generalmente quien lo hacía; pero aquella vez fui yo mismo á cubierta para dar las órdenes, enviando al hombre al castillo de popa. La noche estaba oscura; pero las aguas se mantenían bajas, y navegábamos á razón de nueve nudos, con viento favorable. El tiempo, sin embargo, no me parecía seguro, y ordené una maniobra para estar prevenido. Hecho esto, dispuse que uno de los marineros de guardia se retirase, y yo me dirigí á mi camarote para dormir un poco más, encargando que se me enviase un marinero para darle algunas instrucciones.

»No fué poco mi asombro y consternación cuando vinieron á decirme, poco después, que no se encontraba al hombre en ninguna parte.

Subí presuroso á cubierta, interrogué á todos los tripulantes sobre el asunto, y todos contestaron á una que nada sabían del individuo, que era precisamente el segundo marinero. Entonces mandé que se trajesen las linternas para registrar el buque; mas todo fué en vano. Después de oír á los tripulantes, manifesté mi creencia de que debía haber caído al mar; díjeles que podían retirarse, y volví á mi camarote en un estado de agitación mental difícil de expresar; pues, á pesar de la opinión manifestada por mí, tenía fuertes sospechas de que el infeliz había sido víctima de una muerte violenta.

»El segundo marinero era mi protegido, y, como ya indiqué antes, muy joven y de poca experiencia como marinero. En su consecuencia, faltándome mi principal apoyo, mis reflexiones me condujeron á temer que ya no estaba yo nada seguro.

»Mi primera diligencia se redujo á disponer que se llevaran á mi camarote todas las armas de fuego, consistentes en varias carabinas y cuatro pares de pistolas. El contramaestre era un fiel mulato, que había hecho ya varios viajes conmigo, y después de manifestarle mis sospechas le recomendé que estuviese alerta de continuo, y de que, en el caso de observar alguna cosa en la tripulación, que se armara y fuera á buscarme al punto. El hombre dormía lejos de mi camarote; pero á la mañana siguiente dispuse que ocupara uno cerca de mí, con el primer marinero, á quien di dos pistolas cargadas, previniéndole que las tuviera á su lado y que no saliese durante la noche para nada. Adoptadas estas disposiciones, me retiré á descansar, ordenando que se me despertase á las cuatro de la madrugada para sustituir al vigilante. A los pocos minutos oí tres ó cuatro golpes bajo el contador del buque, que es la parte de la popa que está seguidamente bajo las ventanillas de la cámara; y como se repitieran á poco, levantéme y pregunté quién era. *¡El segundo marinero me contestó!* Sin perder momento le alargué la extremidad de una cuerda, y no olvidaré nunca mi profunda alegría cuando ví al hombre que creía ya muerto. Su aventura era muy sencilla: á la hora que se llamó á todos para la maniobra, acudía presuroso, cuando, al llegar al castillo de popa, fué cogido por los dos extranjeros, y antes de que pudiera proferir más de un grito, que no se oyó á causa del viento y de las aguas, fué arrojado á las olas. Por fortuna, era vigoroso y excelente nadador; y como casualmente encontrase la extremidad de una cuerda pendiente del buque, acercóse al remanso que siempre se forma bajo la popa de toda embarcación, y haciendo un desesperado esfuerzo pudo coger una de las cadenas y trepar por ella; pero tuvo bastante presencia de ánimo para permanecer allí sin llamar hasta que dejase de brillar la luz en las ventanillas de la cámara. Entonces fué cuando me hizo la señal.

»Ningún tripulante había podido ver esto, pues el rumor del mar apagó el ruido de los golpes, y solamente comuniqué la noticia al

primer marinero. Me pareció que lo mejor sería ocultar al hombre salvado, durante el resto de la travesía, y yo me encargué de satisfacer sus necesidades.

»Nada de particular ocurrió en el viaje, y debí creer que los extranjeros habían tratado solamente de vengarse, pues no hubo ninguna otra intenciona. A su debido tiempo tomé un piloto en el Canal, y, terminados los preparativos necesarios, comenzamos á entrar en el

marinero, se les impuso la pena capital y fueron ejecutados.»

VARIEDADES

CONTRA LOS INSECTOS

Un periódico recomienda, para preservar á



EL OJO HUMANO: Dos veces dió la vuelta la leona; pero los brillantes ojos del cazador la intimidaron

puerto. Mientras se practicaba la operación, permití al joven marinero salvado presentarse en cubierta, y jamás olvidaré la escena que se produjo. Cuando los demás tripulantes le vieron, quedaron como paralizados por el horror, y, á no ser por algunos barqueros que había á bordo, hubiera debido anclar otra vez y pedir ayuda.

»No se pronunció ni una sola palabra; pero los dos culpables, acercándose al palo mayor, quedaron allí inmóviles y como petrificados, hasta que llegó el oficial á quien se había enviado á buscar y se los llevó bien custodiados. Entonces parecieron volver en sí y darse cuenta de lo que les sucedía, expresando su desesperación con quejas y lamentos. Muy pronto se los juzgó, y, oída la declaración del primer

los árboles frutales del gran número de insectos que en ellos se ceban, el siguiente método:

Antes de las fuertes heladas se abre un pequeño foso en torno de cada árbol, á unas seis pulgadas del tronco, y de la profundidad de ocho á diez pulgadas. De la tierra que resulta de la excavación se forma un montoncito y se quema por medio de las hojas secas ó delgado ramaje. Después se mezcla con la tierra quemada alguna cantidad de ceniza de madera ó cal, y se vuelve á colocar la tierra en cada hoyo ó foso abierto.

Es un medio excelente y muy económico para preservar de insectos los árboles frutales y también para darles más vigor y lozanía.

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA